

Testimonios urbanos de antaño

La barbería de mi padre



En este inmueble estuvo ubicada, por más de tres décadas, la barbería Morales.

Ejemplares de los principales diarios nacionales, *La Prensa Libre*, *Diario de Costa Rica*, *La Hora* y *La Nación*, lo mismo que números de viejas revistas como la cubana *Bohemia* y *Life* en español, más una amplia colección de las dedicadas a los niños, con aventuras y personajes legendarios como Roy Rogers, Tarzán, Tom y Jerry, el Llanero Solitario y Pepita, daban la bienvenida a los parroquianos que la visitaban.

Dos espejos de media pared, el mismo número de sillas, una rotativa y otra fija para el corte de pelo y barba, un amplio mueble para colocar las herramientas, navajas, tijeras, peines, máquinas manuales y eléctricas, una pequeña mesa con sobre de mármol, sillas alrededor, un radio curvito *Zenith* de dos bandas, cuadros tomados de almanaques tapizaban las paredes y, en una esquina, la infaltable mata de lotería completaba el sitio de trabajo de la *Barbería Morales*.

Por cierto, que fue gracias a ese pequeño receptor de radio que pude dar rienda suelta a mi afición, por muchos años, de escuchar la banda internacional de onda corta. Fueron decenas de emisoras con las que me contacté alrededor del mundo: Radio Nederland, de Holanda, Deutsche Welle, de Alemania, Radio Vaticana,

Manuel Emilio Morales

Periodista con más de cuatro décadas de ejercicio profesional. Ha colaborado con medios de comunicación nacionales tanto escritos, como para radio y televisión. Coordinador de Noticias de Radio Universidad de Costa Rica. manuel.morales@ucr.ac.cr

Canadá, Praga, Comayagüela, Cochabamba y Radio Habana, para citar algunas, y las cuales me consumían horas y horas frente a uno de los espejos donde se encontraba el aparato.

No más se abría en las mañanas aquel taller de trabajo y, de inmediato, mucho del ritmo del barrio se trasladaba hacia él. Los chiquillos a disputarse las últimas revistas, mientras que sus madres, en el corre corre diario disponían de un momento para comentar con el barbero los acontecimientos de la comunidad y, en algunos casos, conocer de la salud y de las congojas de los vecinos.



Manuel Morales se aprecia en plena tarea de cortar el pelo a su nieto Gustavo.

Acostumbrado a mantenerse al día con los acontecimientos nacionales e internacionales, el barbero era el primero en pasar revista a los periódicos, escuchar los espacios radiales informativos y deportivos, así como los programas dedicados a Carlos Gardel, al Padre Mojica o al doctor Ortiz Tirado, divulgados en emisoras como *La Voz de la Víctor*, *Atenea*, *Radio City*, *La Voz del Trópico*, *Para Ti*, *Fides* y *Universitaria*. Era difícil que algún tema de lo cotidiano le fuera ajeno.

Siempre me impresionó que, al ritmo del clic, clic de las tijeras, fuera capaz de sostener con especial fluidez la conversación con quienes esperaban su turno. Afable, buen conversador, convincente pero respetuoso, siempre disfrutó del buen diálogo y hasta se acostumbró a

tener paciencia con los "sabelotodo" y los necios. Quizá por eso, en los tres sitios en donde se ubicó la Barbería Morales, barrio la California, barrio Aranjuez y San Francisco de Goicoechea, siempre mantuvo una clientela fiel.

En esas épocas, visitar la barbería tenía mucho de rito. *"Había que sacar el tiempo"*, decían los clientes. Allí se llegaba para el corte de pelo y, además, a compartir. Muchos de los asiduos usuarios, incluso, cedían su lugar a otros parroquianos para continuar en la tertulia, o bien, luego de finalizado el trabajo del figaro se mantenían en la charla por varias horas.

Tal era la costumbre de compartir vivencias y una que otra confidencia, que recuerdo a muchos clientes como: Dimas Pedri, Raulito –al célebre jugador del Club Sport la Libertad y miembro de la Galería del Deporte–, Fausto Argüello, lo mismo que al portero del primer equipo del Deportivo Saprissa, Rodolfo el *Cholo* Sanabria, *Pacho* Castro, *Muñocito* y *Nurdo*, de quien nunca supe el nombre exacto, quienes fieles al barbero de Aranjuez, cuando este se trasladó del lado sur del río Torres al norte, continuaron disfrutando de sus servicios.

Posiblemente, esa lealtad y cercanía de los clientes se convertía en un obstáculo difícil de vencer a la hora de aumentar la tarifa de corte de pelo y barba. Un cambio de seis reales (75 céntimos) a 90 céntimos representaba días de preocupación e incertidumbre, no obstante que su horario representaba más de doce horas de ardua tarea en pie, que le pasaban la factura con várices severas.

Segura, un viejo cartero que religiosamente llegaba a afeitarse cada sábado luego de terminar con su jornada, disfrutaba pagarme diez céntimos cuando le limpiaba sus zapatos, labor que también repetía con otros conocidos de mi padre los fines de

semana. El poco dinero que lograba reunir se convertía en el medio para disfrutar alegremente del cine y guardar para la semana escolar.

Al caer la tarde, resultaba sabroso sentarse a escuchar a mi padre, y a sus viejos amigos, comentar acerca del barrio y la Junta Progresista de la que formaba parte, discutir de política, fútbol, música, lo mismo que, de la mano de la palabra, hacer hermosos recorridos sobre la Costa Rica de antaño y los problemas que les quitaban el sueño.

Las historias de espíritus y de personajes tradicionales eran temas que, de vez en cuando, aparecían en estas charlas. La segua, el cadejos, el padre sin cabeza, la llorona, lo mismo que Azulito, Muñeca o Chaplin, formaban parte de repetidos cuentos que nos emocionaban.

Todo transcurría de lo mejor, hasta tanto, alguno de los mayores, solicitara un vaso de agua o una taza de café. Ir solo a la cocina de la casa a las siete u ocho de la noche, luego de aquellas narraciones, era un reto que, en la mayoría de los casos, no superábamos.

Aún fresca la memoria de los hechos dolorosos del 48, cuando el tema se tocaba, en algunos momentos, la conversación subía de tono. En la década de los años cincuenta y sesenta, las heridas aún no habían cicatrizado, y era reiterado que, en sitios de convivencia como pulperías, cantinas, estancos y barberías, se escucharan discusiones y hasta pleitos por la defensa de uno u otro bando.

Fue entre el sonido metálico de las tijeras y de la maquinilla de cortar pelo, que conocí de sucesos como la muerte del Arzobispo de San José, Monseñor Rubén Odio, la invasión desde Nicaragua en 1955, el triunfo de Fidel Castro, el asesinato de John F. Kennedy, las erupciones del volcán Irazú, la llegada del primer hombre a la Luna, la vuelta al mundo del Deportivo Saprissa, y de elecciones de presidentes como don Mario Echandi y don Francisco Orlich, entre otros.

Muchas fueron también las anécdotas que viví en el diario quehacer de mi padre. Unos cuantos casos brindan un esbozo de lo que sucede a lo interno de un sitio tan lleno de magia como es la barbería.

Gran sorpresa e impacto me produjo un sábado, en horas del mediodía, la llegada de un vecino, pasado de copas y con un gran sombrero, quien con lágrimas en sus ojos, le suplicaba al barbero que le resolviera el problema, ya que, en una noche de bohemia,

sus acompañantes habían dado cuenta de su cabellera, lo dejaron "pelado casi de rape", se decía entonces.

La desesperación lo hizo pedir que le pegaran con goma nuevo cabello. La paciencia que siempre acompañó a mi progenitor hizo que el vecino comprendiera lo imposible de su petición, pese a que estaba decidido a no salir de la barbería hasta lograr su objetivo.



Parte de las antiguas casas que todavía se conservan y que datan de los años 50 y 60. Foto José J. Morales O.



Una moderna construcción sustituyó en el 2009, la antigua barbería. Foto José J. Morales O.

Otro caso curioso fue el del carnicero, quien ingresó, cuchillo en mano, en la barbería. Ahora, se trataba de un esposo quien corría detrás de su cónyuge que había entrado solo instantes antes para protegerse de aquel marido descontrolado. La escena se repetía con alguna frecuencia en el barrio, no más el hombre de marras se tomaba algunos rones y la emprendía contra su pareja. Nuevamente, Manuel Morales, echó mano a su capacidad de convencimiento para solucionar la crisis.

Pero más enriquecedor era observar la entrega de mi padre ante la ayuda que

podría brindar a sus vecinos. Desde una pastilla *Mejoral* hasta el mercurio de cromo se encontraba en el botiquín de la barbería. Una *Desenfriol* por aquí, gasa por allá, *Sal de Uvas* para otro, paregórico, *Zepol*, curitas o embrocación, casi de todo se encontraba en ese pequeño centro de primeros auxilios.

En más de una ocasión, la barbería también servía de enfermería, como cuando se "armaban" las típicas mejengas en la calle. Torceduras de tobillos, rodillas y brazos raspados demandaban, a veces, el auxilio del buen barbero en medio de lágrimas y lamentos.

Las grandes ventanas del local, cuyos vidrios quebramos en diferentes oportunidades jugando fútbol, fueron mi escenario para ofrecer a los amigos de infancia un remedio de cine. Con paciencia recortaba las tiras cómicas de los diarios y, luego de pegarlas, confeccionaba con cajas de cartón una especie de televisor. Dos carruchas grandes de hilo a cada lado me permitían ofrecer una secuencia a los amigos, que acompañaba con una narración en la que daba rienda suelta a mi imaginación.

Qué alegre e interesante era la transformación de la barbería en época de Navidad y Año Nuevo. Justo después de las seis de la tarde, tanto el 24 como el 31 de diciembre, se convertía en un amplio salón para recibir, en horas avanzadas de la noche, a los vecinos con un tamal, café, aguadulce y, para los que así lo deseaban, rompopé, un buen trago de ron o guaro.

En la mesa que se construía con "burras" y madera de caobilla, los visitantes encontraban, además de tamales, arroz con pollo, frijoles molidos y ensaladas, preparadas con especial dedicación por mi madre y hermanas. Unas cuantas manzanas y uvas, completaban la tradicional cena comunitaria.

El tiempo fue pasando y las líneas paralelas del diario vivir marcadas por el tránsito de los años y el cambio de hábitos, empezaron a pesar sobre aquel hombre que luego de más de seis décadas dedicadas a este noble oficio, decidió retirarse al calor de los suyos y con el cariño y respeto de quienes le conocieron.

El Rodeo, agosto 2009.